

AGUIJÓN



LEER: EL VICIO Y EL CONTAGIO

Hay cosas que, sorprendentemente, los programas y las campañas de promoción y difusión de la lectura siguen sin saber muy bien, pero que entienden a la perfección los auténticos promotores de la lectura y, por ejemplo, las empresas tabacaleras fabricantes de cigarrillos. La lectura configura. Las adicciones, también.

Al igual que los mejores promotores de la lectura promueven el leer, los fabricantes de cigarrillos son promotores y vendedores del fumar, y saben muy bien de la eficacia que tiene el contagio, la adicción, el hábito o por lo menos la afición, cuya naturaleza, en todos los casos, reside básicamente en la emulación, en la influencia del medio y en el observar que hay un placer secreto del que no se participa (si no se es lector o si no se es fumador) cuando alguien se pierde gozosamente en las páginas de un libro o aspira con deleite el humo de un cigarrillo.

Aunque lo nieguen o aunque pretendan minimizarlo, las empresas tabacaleras no ignoran que la naturaleza de contagio en los vicios más difíciles de abandonar cuando se han adquirido y reafirmado, reside lo mismo en la sustancia que en el placer que se revive cada vez que se accede a ese disfrute. Lo sabe también la escritora uruguaya Cristina Peri Rossi, quien en su libro *Cuando fumar era un placer* (Barcelona, Lumen, 1990) advierte que "mientras hay placer, hay deseo. No dejamos de fumar porque se haya acabado el placer, sino porque nos han convencido o nos hemos convencido de que se trata de un placer dañino".

Y respecto de las sustancias, son tantas y tan adictivas, en el caso del cigarrillo, que el organismo las exige en el momento mismo en que le faltan. Peri Rossi nos ilustra: "De las cuatro mil sustancias que forman un cigarrillo, la más adictiva es la nicotina, y para reforzar el poder adictivo

de la nicotina, los fabricantes le agregan amoníaco. Una vez inhalada a través de un pitillo, emplea aproximadamente una hora en ser eliminada, de modo que cuando ese periodo se cumple, el fumador siente la compulsión de volver a fumar, para suministrarle al cerebro (a las neuronas) una nueva dosis". Y la escritora uruguaya trae en su auxilio una cita del doctor Miguel de la Peña: "Si no lo hace (es decir, si el fumador no se concede una nueva dosis), el sistema nervioso se encarga de reclamarla con intensidad creciente, hasta que la obsesión por dar una calada le impida pensar en otra cosa". Porque, concluye Peri Rossi, "la nicotina afecta fundamentalmente al sistema nervioso".

Lo que no hallamos especialmente disfrutable, lo dejamos. Si el alcohol no nos llevase a un momento de placidez extática, nos conformaríamos con el agua, y esto sólo en el caso de tener sed. Aunque Antonio Machado nos diga que "la imaginación pone mucho más en el coito humano que el mero contacto de los cuerpos", si el sexo no tuviese el indescriptible orgasmo, pronto nos aburriría su práctica, aun por mucha imaginación que se pusiera en su ejercicio. Lo mejor de todos los placeres, no es su práctica en sí misma, cosa, por lo demás, que puede volverse rutinaria,

sino la voluptuosidad, la satisfacción, la complacencia y el bienestar que nos dejan una y otra vez, aunque su esencia sea repetitiva.

Otra



vez, Peri Rossi nos ilumina dicho aspecto respecto del hábito del cigarrillo: "Yo podía, hasta cierto punto, dejar de fumar por unas horas, hasta un día entero,

siempre y cuando tuviera la esperanza de fumar al día siguiente; pero si imaginaba mi vida en el futuro sin el cigarrillo, me parecía completamente insopportable". He ahí la naturaleza del vicio y la necesidad del placer. Fumar y leer se parecen

de manera extraordinaria, precisamente, en su naturaleza, en el grado de placer que pueden producir y, sobre todo, en la forma de haber adquirido dicho vicio.

Durante una entrevista que le realizáramos en mayo de 2003, la gran investigadora francesa de la lectura Michèle Petit describe a la perfección los procesos de adquisición más sólidos de la lectura: "A menudo, uno se dedica a la lectura porque ha visto a una persona amada sumergida en sus libros, inaccesible, y la lectura apareció como un medio para acercarse a ella y de apropiarse de su mundo, de sus cualidades, de su encanto, de su misterio. Uno se dedica a la lectura porque piensa que hay en los libros un secreto y lo va a buscar en un montón de libros —o en algunos— a lo largo de su vida. Notemos de paso que muchas personas que no leen creen también que hay en los libros un secreto del cual están excluidas, porque ninguna persona les ha abierto el camino, y para ellas esto es un sufrimiento. Entonces, la mejor manera de contagiar el hábito de leer, en medios donde leer no es un hecho natural, es multiplicar las oportunidades de mediaciones, de encuentros".

El fumar y el leer se parecen, en su naturaleza viciosa, porque, en la mayoría de los casos, siem-

pre hay alguien que nos inicia en ellos ya sea de manera directa o indirecta; ya sea que nos ofrezca nuestro primer cigarrillo o nuestro primer libro, o bien porque la influencia del medio nos brindó a cada momento la oportunidad de ver fumadores y lectores ocupados deleitosamente en sus ocupaciones placenteras; a veces incluso ambas al mismo tiempo y con parecida pasión.

En la introducción de su espléndida antología *Relatos y poemas para niños extremadamente inteligentes de todas las edades* (Barcelona, Anagrama, 2003), Harold Bloom refiere lo siguiente: "Mis hermanas mayores, cuando yo era pequeño, me llevaron a la biblioteca, y de este modo transformaron mi vida. Al cabo de un tiempo encontré allí mi propio camino". Y respecto de la falta de interés lector en una buena parte de la humanidad, nos ofrece la siguiente explicación que tiene que ver con la falta de invitaciones, incitaciones y oportunidades de

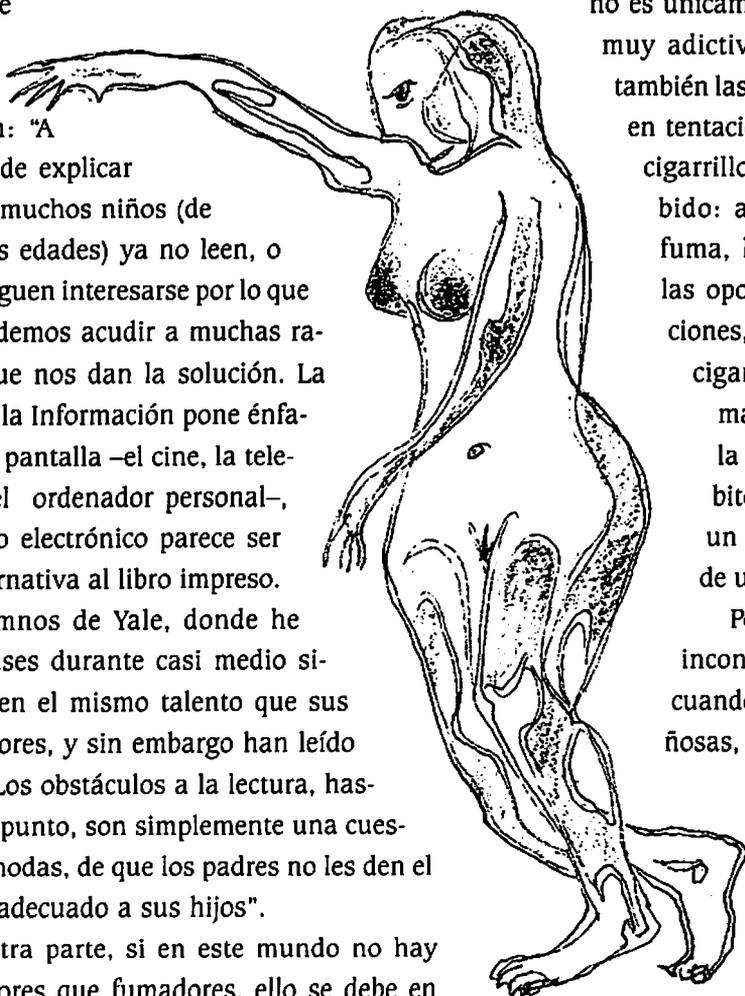
adicción: "A la hora de explicar por qué muchos niños (de todas las edades) ya no leen, o no consiguen interesarse por lo que leen, podemos acudir a muchas razones que nos dan la solución. La Edad de la Información pone énfasis en la pantalla —el cine, la televisión, el ordenador personal—, y el libro electrónico parece ser una alternativa al libro impreso. Mis alumnos de Yale, donde he dado clases durante casi medio siglo, tienen el mismo talento que sus predecesores, y sin embargo han leído menos. Los obstáculos a la lectura, hasta cierto punto, son simplemente una cuestión de modas, de que los padres no les den el ejemplo adecuado a sus hijos".

Por otra parte, si en este mundo no hay más lectores que fumadores, ello se debe en

gran medida a que fumar no exige ningún esfuerzo intelectual, mientras que leer nos pide siempre una participación que va más allá por supuesto de hacer movimientos de succión. Pero otra parte no tan pequeña de culpa en la existencia de esa minoría lectora, respecto de la mayoría fumadora, reside en el hecho que ha señalado tan lúcidamente Michèle Petit: en la falta de multiplicación de las oportunidades de mediaciones y de encuentros con el libro. En las campañas de promoción de la lectura deberían ser tan importantes los libros y los demás impresos que las oportunidades que nos brinde el medio para leer a nuestras anchas.

En otras palabras, lo importante no es únicamente la sustancia, por muy adictiva que ésta sea, sino también las oportunidades de caer en tentación. Los fabricantes de cigarrillos siempre lo han sabido: ahí donde aún no se fuma, basta con multiplicar las oportunidades de mediaciones, de encuentros con el cigarrillo, y tendremos la más exacta definición de la adquisición de un hábito, de una adicción, de un vicio o, por lo menos, de una afición.

Por ello no dejan de ser incongruentes y absurdas, cuando no hipócritas y engañosas, las campañas de propaganda que realizan algunas fábricas cigarreras para que, según su afirmación, los menores de edad no fu-



men, es decir no adquieran tempranamente este hábito. Los editores, los fabricantes de libros, al igual que los fabricantes de cigarrillos, saben perfectamente que no hay nada más efectivo para la adquisición de un hábito que la imitación, que el ver cómo se hace y el percibir el grado de placer que se obtiene.

Una empresa tabacalera mundial reconoce en un amplio desplegado público que el que fumen los menores es un problema y asegura a la letra: "Nadie quiere que los menores fumen, incluidos nosotros". Y explica que a los programas diseñados para dificultar a los menores la compra de sus productos, se suman la educación y la conciencia "respecto a los graves efectos del tabaco sobre la salud, incluyendo la adicción".

Cuando un fabricante de cigarrillos dice esto, no queda sino pensar que se trata de una broma o de darle la vuelta al sentimiento de culpa hasta convertir al responsable en víctima y al fumador en culpable, pues nadie puede conscientemente ignorar el poder de la emulación que tienen todos los placeres, más aun si son autodesprestigiados. Las famosas leyendas: "Fumar produce cáncer" o "Este producto puede ser nocivo para su salud" han conseguido muchos menos renegados del cigarrillo que lectores han obtenido las leyendas cultas "Leer es un placer" o "La lectura mejora tu vida". La doble moral de las empresas cigarrerías se vuelve más perversa cuando se pide a los padres que sean conscientes del papel que ellos pueden desempeñar para impedir que sus hijos menores fumen. El medio nos determina, y lo que se prohíbe, cuando se

observa con cuánto placer lo disfruta quien lo prohíbe, incrementa nuestro deseo de imitación, no de abstinencia.

Se trata del más claro principio antipedagógico: Yo, que soy mayor puedo hacerlo; tú, que eres menor, aún no puedes. Ya serás mayor, y entonces podrás hacerlo. Si los fabricantes de cigarrillos están tan conscientes y tan preocupados de los graves efectos del tabaco sobre la salud, lo más sincero sería dejar de producirlos incluso para los adultos. Un niño que ve leer a sus padres, los imitará; lo mismo que un niño que los ve fumar, beber, robar, amarse, etcétera. En esto radica la naturaleza del ser humano.

Por lo demás, recientes investigaciones del Centro de Investigación para el Control del Tabaco de la Universidad de Strachclyde, en Glasgow, según reveló el periódico inglés *The Independent*, demuestran, con documentos (más de 14 mil páginas de evidencias), que los fabricantes de cigarrillos buscan, obviamente, nuevos consumidores entre la población más joven: desde que son



adolescentes. No hay duda: fumar y leer se parecen salvo en la cantidad de medios que se utilizan para lograr sus propósitos.

En *El libro de los venenos: Guía de drogas; las lícitas y las otras* (Madrid, Mondadori, 1990), Antonio Escohotado, autor también de la magna e impresionante *Historia general de las drogas* (Madrid, Espasa Calpe, 1998) escribe: "El tabaco, quizá la más adictiva de las drogas descubiertas, sigue tentando a quienes lo abandonaron lustros y décadas después, presto a devolver esa imperceptible sedación/estimulación ligada a una coreografía de gestos y pequeñas servidumbres (encendedor, cenicero, paquete, una mano inútil por ocupada) que llena los instantes vacíos de cada momento vivido".

Refiere también este especialista que en 1953 un médico llamado A. Porot propuso distinguir las *grandes toxicomanías* (opio, marihuana, cocaína) y cierto número de *pequeños hábitos familiares* en relación con algunas sustancias inofensivas en

su uso habitual (alcohol, tabaco, café,

somníferos). "Curiosamente —acota el autor de *El libro de los venenos*—, las sustancias llamadas 'inofensivas' y 'creadoras de pequeños hábitos familiares' causan miles de veces más muertes, lesiones y dependencias que las provocadoras de 'grandes toxicomanías'."

En el ámbito de la cultura no son pocos los especialistas, escritores, profesores, lectores, editores, etcétera, que aspiran a que el leer, como el fumar y el beber alcohol o café, se convierta si no en una adicción, que conduzca a una gran toxicomanía (o lectomanía), sí en un pequeño hábito familiar imposible de abandonar, como imposibles de abandonar son prácticamente (salvo por prescripción médica) el cigarrillo, la taza de café y la copa de alcohol.

Hay, por supuesto, un enorme grado de utopía en este deseo; un grado de utopía que a cada momento se estrella contra las rocas de la realidad. La utopía, lo sabemos, es por literal definición etimológica, el no lugar, el lugar que no existe, y, para decirlo con la buena síntesis coloquial de don Guido Gómez de Silva, en su *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, el "plan halagüeño pero irrealizable".

Con todo, el punto contradictoriamente realizable de la utopía lectora no reside en la desmesura de que todos y cada uno de los ciudadanos, sin excepción, nos volviésemos adictos al libro y a los demás materiales impresos (revistas, periódicos, historietas, etcétera), sino que viviéramos en una sociedad que fuese capaz de apreciar y necesitar estos objetos del mismo modo que aprecia y necesita el taba-



co, el café, el alcohol y los somníferos. Mucho más utópico es creer que el mundo abandone su aprecio y necesidad por estas cuatro sustancias. Que leer sea un paraíso artificial para muchos más, sólo tiene posibilidades de realización si se deja de moralizar en la lectura y se le presenta como uno más (y no el menor, por cierto) de los múltiples placeres que nos ofrece la vida. Leer, como se fuma un cigarrillo, como se toma una taza de café, como se bebe una copa de alcohol; sin culpa y sin obligación.

El vicio de leer no se cura, sino que por el contrario tiende a incrementarse mientras más se lee. Es como el fumar. Y en este sentido vuelve a tener razón Cristina Peri Rossi: sólo es posible dejar una adicción si se le puede sustituir por otra, y "toda adicción es, también, una

compulsión, es decir, un impulso vehemente, una obsesión que nace de la ansiedad y de la necesidad. En este sentido, se puede afirmar que todo fumador es un ansioso, un anhelante". La única lectura posible difícil de abandonar es la que se propone como un vicio, como una droga y no como un deber. El poeta mexicano Jaime Sabines lo supo para el caso de la poesía: "La poesía es una droga que se tomó una vez, un cocimiento de brujas, un veneno vital que le puso otros ojos al hombre y otras manos, y le quitó la piel para que sintiera el peso de una pluma". Cambie el lector, en esta definición sabiniana, el término específico de "poesía" por el más general de "lectura", y tendrá la exacta, verdadera y verificable descripción del vicio de leer.

Y una cosa es segura: la inmensa mayoría de los fumadores, cuando se iniciaron, no fueron nunca obligados a succionar su primer cigarrillo, del mismo modo que la inmensa mayoría de la gran minoría lectora del mundo proviene de la emulación y no del deber. Todo aquel que, cuando trataron de iniciarlo, padeció la obligación de un libro, es hoy, casi con seguridad, un no lector. Los vicios, las adicciones se dan por imitación. LC

